



BAUHAUS

por Alexis Brito Delgado

La Naturaleza es pródiga. De cada cien plantas solamente una o dos sobrevivirán; de cien especies solamente una o dos. El hombre no.

Thomas M. Dish

Llevo semanas soñando con la idea de desertar de la Corporación. Cada día me encuentro más insensible, necesito relajarme, descansar una temporada, o terminaré perdiendo la razón. El éxito de mis últimas misiones de exterminio debería permitirme tomar unas vacaciones, pero el comandante Aries no cesa de enlazar una operación tras otra: parece que está dispuesto a comprobar hasta que punto puedo llegar...

Dorian Stark

MARTE

Al salir del callejón, Stark analizó la avenida llena de desechos. Los rascacielos infinitos, cubiertos de neones publicitarios, parecieron darle la bienvenida. La calle abarrotada de transeúntes le provocó náuseas: despreciaba la civilización. Dorian cruzó la carretera y sorteó los deslizadores urbanos que se arrastraban bajo la luz de los focos cenitales. Al llegar al otro lado, observó los Mercedes aparcados bajo una cúpula de acero: sus tropas estaban preparadas para entrar en acción cuando fuera necesario. Después, alzó la cabeza hacia los domos geodésicos: Fobos y Deimos titilaban entre el polvo en suspensión que cubría la atmósfera de Marte. El alemán hundió las manos dentro de los bolsillos de la gabardina de cuero y se aproximó a su objetivo: no tenía tiempo que perder. El comandante Aries lo había llamado aquella mañana con un tono de arrogante autosuficiencia:

—Debe eliminar a los Delta-10, Stark —indicó su superior.

—¿Quiénes son esas máquinas, señor?



—Pertenecen a la Corporación Ford, sargento —Aries resopló, irritado—. ¿En qué planeta vive usted?

Dorian procuró mostrarse condescendiente:

—No suelo ver los noticiarios de la televisión, señor.

—Debería atender al mundo real de vez en cuando, Stark.

El alemán decidió zanjar el tema:

—Lo haré, señor. ¿Dónde puedo encontrarlas?

—Nuestros Técnicos de Información han detectado dónde se ocultan, sargento. El cabo Paul Schiller tiene los datos que demanda usted.

El Agente Ejecutor desconfiaba de Aries:

—¿Qué es lo que han hecho?

—Eso no es asunto suyo, Stark —gruñó su superior—. Espero un informe antes de que termine la jornada.

—De acuerdo, señor.

Dorian aborrecía a sus superiores, llevaba demasiado tiempo cumpliendo órdenes, puede que por ello se hubiera convertido en lo que era: un asesino frío e implacable torturado por sus propios dilemas morales.

Algún día acabaré con ellos, pensó. Borrará la Corporación Schneider de la faz de la Tierra.

BAUHAUS

Stark se detuvo ante las puertas blindadas de tres metros de altura con carabelas como pasamanos. Dos brazos retorcidos abrazaban la estructura del edificio. Un neón de letras góticas brillaba sobre la entrada con latidos intermitentes.

BAUHAUS... BAUHAUS... BAUHAUS...

El Agente Ejecutor levantó los brazos:

—No estoy armado —indicó a los guardias de seguridad.

Un gigantesco sueco cacheó su torso, muslos y piernas:

—Adelante.

El detector de metales lanzó un aullido ensordecedor. Dos hombres volvieron sus escopetas de corredera con cara de pocos amigos:



—Tengo un injerto cibernético —explicó el alemán—. Trabajo de alta calidad.

Los agentes de seguridad lo miraron sin apartar sus armas. El primero lo amenazó:

—Si nos jodes tendrás problemas, colega.

Stark no se molestó en responder.

—Pasa antes de que cambiemos de opinión —terminó.

Las puertas se abrieron hacia dentro. Una corriente de aire llenó la entrada. A sus oídos llegó el estruendo demencial de un concierto. Antes de entrar, estudió el neurotransmisor que llevaba el sueco en la oreja derecha, el peto acorazado que perdía blindaje a la altura del estómago y la Stinger de cañones de ancha simetría que tenía en las manos. La música sonaba, endemoniadamente, a través de los altavoces estereofónicos. El local circular parecía la matriz de un horripilante monstruo alienígena: suelos antideslizantes cubiertos de relieves de formas mecánicas y de cuerpos humanos y paredes de aspecto óseo-orgánico, que como un vientre animado, expiraban e inspiraban, con pulsantes contracciones. Stark contempló los rostros desencajados de los usuarios de las cabinas ascensor que practicaban sus ritos ancestrales: los balcones manchados de sangre oscilaban bajo las luces cruciformes. Cuatro jaulas de metacrilato descendían del techo y centelleaban bajo los reflejos de una tormenta holográfica. Dentro, bailarinas mutantes danzaban al ritmo de la música con las caras cubiertas por máscaras de hockey. A la izquierda, una barra semicircular con forma de pene bañada por espirales de incienso. A la derecha, mesas ocupadas por adolescentes contra la pared gelatinosa. Al fondo, sobre un escenario, tocaba un grupo de aspecto siniestro. Una riada de luces multicolores incidía sobre sus cuerpos e iluminaban las pantallas de televisión fragmentadas situadas a sus espaldas. El cantante era una especie de insecto vestido con un mono de formas punzantes, plataformas con remaches de acero hasta los muslos y cabellos trenzados con una red de alambres de espino.

“So I just sit in reviere

Getting on my nerves

The intangible bonds that keep me

Sitting on the verse...

Of a breakdown

Of a reaction

Of a result

Complete me...



Maybe

Defect me..."

Jóvenes vestidos de negro desfilaban como enormes cucarachas: levitas oscuras, rasgos maquillados de blanco, camisas de mangas floreadas, labios rojos, pantalones de cuero, párpados pintados de negro y botas militares. Muchos llevaban empalmes metálicos injertados en la piel, tatuajes luminosos, escleróticas pigmentadas quirúrgicamente, cuerpos remodelados con tejidos musculares artificiales, alteraciones de melanina a través de la inducción subcutánea e implantes frontales de alto presupuesto.

Una clientela de primera, pensó asqueado.

El alemán se abrió paso a empujones entre la masa sudorosa. La pestilencia a cocaína líquida que flotaba en el ambiente enrarecía sus sentidos impactados por la información de los focos: paisajes destruidos por el invierno nuclear, parejas fornicando sobre superficies de fibra de carbono, accidentes de cruceros estelares al tomar tierra y esvásticas de vidrio en llamas...

El vocalista agarró el micrófono, dobló una rodilla y se inclinó hacia delante. Con el rostro lleno de tensión, soltó el aparato del pie metálico y saltó en el aire. Luego, se contorsionó sobre un amplificador y aulló con voz ronca.

"I wore a careless glance and kissed her last goodbye

Hands in the bag, she packed a tear she tries to hide

Cruel wind that howls down our lunacy

And leaves him standing cold here in his

Colony ..."

A su lado, el guitarrista se arrodilló en el suelo y lamió la sangre que supuraba en su bíceps. Una madeja de conductos unía la herida a un casco y transmitía las sensaciones neuronales a través de los nódulos de recepción. El bajista abrió las piernas y movió el instrumento sobre sus caderas, mientras la caja de ritmos terminaba los últimos redobles del tema.



Los reflectores continuaron hiriendo su percepción: columnas de hielo, mujeres descuartizadas, una nariz esnifando un gramo de speed y estacas hundidas en cadáveres vivientes... Dorian tuvo la impresión de que era vigilado. Sabía que sus enemigos estaban alerta. Los Delta-10 eran cazadores que aguardaban a una presa mortal. Un guardia de seguridad detuvo su avance.

—Acompañeme, señor.

Su tono no admitía réplica, no era la típica orden de desalojo, sino un mandato formulado desde arriba, no le quedaba otro remedio que meter la cabeza en la trampa. Los efectos secundarios de las anfetaminas que había engullido, antes de bajar del vehículo, le causaron un escalofrío de ansiedad que recorrió su anatomía como un latigazo.

Espero no estar cometiendo un error, reflexionó. No quisiera morir de una manera tan estúpida.

RIDGWAY

Cuatro hombres lo rodearon, amenazadores, esperando su reacción. La tensión flotó en el aire hasta que Stark asintió con brusquedad.

—De acuerdo —rezongó.

A empujones, se dirigieron al oeste del local. Un guardia puso la mano sobre la pared y las puertas de un ascensor se abrieron. Aquel que lo había abordado le hizo una seña para que pasara dentro. Los demás lo siguieron y alguien marcó un número sobre el tablero de mandos. Lentamente, el cilindro forrado de espuma sintética ascendió hacia el ático de la discoteca. El cuarteto circundó al alemán, receloso, vigilándolo por si realizaba alguna acción violenta o intentaba escapar. Tranquilo, Dorian se apoyó en una de las paredes, puso sus ideas en orden con la mirada gris perdida en el vacío y se meció en el abismo donde residía su poder. Las puertas se abrieron y mostraron un pasillo sin adornos que imitaba los corredores interiores de una nave espacial. Stark se dejó conducir por los seguritas sin cruzar una palabra con ellos. Atravesaron el pasadizo, doblaron a la izquierda por un estrecho corredor descendente y llegaron a un despacho insonorizado con forma de prisma. Una chimenea creaba extrañas sombras sobre las paredes jadeantes. Al otro lado de la estancia, una treintena de visores Sony filmaban lo que sucedía en el local.



Que decepción, pensó. Me han visto llegar gracias a las cámaras.

Dos butacas con columnas vertebrales como respaldo, estaban situadas una frente a otra, a ambos lados de una mesa rectangular de metal pulido.

—Bienvenido, Stark.

Dorian tomó asiento, las formas de poliéster se adaptaron a su constitución física, y analizó a su adversario: cabellos rubios, pómulos hundidos, mandíbula afilada y ojos calculadores de máquina.

—¿Quieres una copa? —aunque su pronunciación era perfecta, su voz delataba un ligero acento americano.

El alemán no perdió el tiempo con tonterías:

—¿Cómo es que sabes quién soy?

—Tu fama te precede, amigo.

—¿Por qué no has ordenado que me mataran?

A su espalda, los guardias se movieron, rodeándolo a conciencia. Dorian calculó sus posiciones por el rumor de sus pasos: dos detrás del sillón, otro a un metro en dirección este y el último en la entrada del despacho. Ridgway guardó silencio, unió las manos sobre la mesa y contempló al Agente Ejecutor con expresión torva. Stark percibió el Colt Python 357 modificado que abultaba en el pecho del cyborg, la camisa de seda natural con gemelos de marfil, el traje Calvin Klein de mil yendólares y las uñas manicuradas por un profesional: la vanidad sería su perdición.

¿Por qué actúan como seres humanos?, meditó. Nunca lo entenderé.

En su fuero externo, el alemán daba la impresión de estar relajado, pero en su interior acumulaba fuerzas para cualquier incidente. Ridgway contestó a su pregunta.

—Me asombra tu valor, Stark. Has tenido los cojones de entrar aquí desarmado, sin refuerzos, para enfrentarte cara a cara a nosotros. O estás muy seguro de ti mismo o estás loco.

Las sombras de la chimenea proporcionaban al rostro del Agente Ejecutor una apariencia mortuoria. La máquina se levantó, al acercarse a una de las paredes gelatinosas emergió un mueble-bar. Con elegancia, se sirvió un vodka, volvió al asiento y retomó el hilo de la conversación.

—No dices nada, ¿eh?



—¿Para qué? —replicó—. Sería perder el tiempo.

Su arrogancia no pasó desapercibida al cyborg.

—Te consideras mejor que nosotros, ¿verdad?

—Sí.

Ridgway pareció dudar durante unos instantes. A su espalda, Stark notó la tensión de los hombres, una luz roja de alarma comenzó a parpadear en su cráneo.

—¿Dónde están tus tropas, Stark?

Dorian fue sincero:

—A dos manzanas de aquí.

El cyborg asintió:

—¿Y por qué no los has traído contigo?

—No los necesito para cumplir mi trabajo.

En realidad, el Agente Ejecutor quería evitar un inútil derramamiento de sangre, si hubiera irrumpido en la discoteca al frente de un escuadrón, las consecuencias pesarían sobre su memoria durante semanas: no deseaba ser el causante de la muerte de cientos de civiles inocentes.

Ridgway tomó un trago:

—¿Te has preguntado porqué la Schneider nos quiere ver muertos, Stark?

—Sois escoria que debo eliminar —repuso—. El resto es irrelevante.

La máquina acumuló paciencia:

—¿Por qué nos odias tanto, amigo?

—Tengo mis motivos.

El cyborg sonrió sin humor:

—Me gustaría averiguarlos.

Dorian le devolvió el gesto:

—La curiosidad mató al gato, Ridgway.

Una década atrás, Stark fue herido de muerte durante una operación por un grupo de terroristas Gamma-12. El departamento reconstruyó lo que restaba de su anatomía, desde entonces se convirtió en un bioconstruido,



los injertos reemplazaron su humanidad y lo acercaron, peligrosamente, a la hibridación absoluta.

—Eres un esclavo —escupió la máquina—. Otro de tantos que se ciñe a las ordenanzas de una Casa Madre. Das asco, Stark, ¿lo sabías?

El comentario del cyborg le hizo rechinar los dientes:

—¿Qué habéis hecho?

Ridgway volvió a sonreír, triunfante:

—El comandante Aries quiso contratar nuestros servicios, Stark. Evidentemente, nos hemos negado a colaborar, sabemos la clase de personas que llevan el departamento de la Orden de los Centinelas.

El Agente Ejecutor apretó los puños:

—¿Tantos trapos sucios conocéis de la Schneider?

El cyborg terminó la copa:

—Ni te lo imaginas —replicó—. Tu corporación está podrida hasta los cimien...

Uno...

De un salto, Dorian se puso en pie, el impulso lanzó la butaca al suelo. Era el momento de actuar y terminar con sus adversarios. En un instante, estuvo a la altura de los hombres que tenía detrás de su asiento, ninguno esperaba su ataque sorpresa. Tres cuchillas de veinticinco centímetros de longitud emergieron entre los nudillos de su mano derecha con un chasquido.

Dos...

Su puño atravesó el chaleco antibalas del segurita y se hundió en su pulmón izquierdo. El cyborg lanzó un aullido de dolor, las hojas de metal traspasaron su corazón de parte a parte. Luego, dejó caer su mano de arriba a abajo y cortó el cañón del arma de la segunda máquina. Un sesgo horizontal abrió el chaleco del hombre a la altura del hígado y esparció sus entrañas burbujeantes. Antes de que muriera, Stark tomó del brazo inerte la escopeta Stinger de cañones aserrados.



Tres...

El alemán se volvió con el arma extendida. El disparo alcanzó el rostro desprotegido del tercer cyborg y le abrió la cabeza: los circuitos de su cráneo fueron visibles a través de la espantosa lesión.

Cuatro...

Stark amartilló la escopeta. Una detonación le rozó la mejilla. La Stinger vibró en su diestra y arrojó al último segurita, con el esternón perforado, fuera del despacho: esquirlas de hueso y metal salpicaron la entrada.

Cinco...

Horrorizado, Ridgway sacó el arma del interior de su chaqueta, la precipitación le hizo fallar el disparo, que lamió, inofensivamente, la trinchera del Agente Ejecutor.

Seis...

El alemán soltó la escopeta, apartó la mesa de un manotazo, atravesó el hombro izquierdo del cyborg y lo empotró contra la pared. Las garras traspasaron tela, carne, hueso, nervio y metal. Ridgway intentó moverse, pero le resultó imposible, estaba empalado como una mosca, a merced del enemigo que había subestimado.

—Tenías que haber aceptado la oferta de Aries, Ridgway.

Unas lágrimas de sufrimiento escaparon de los ojos del cyborg:

—¡Vete a la mierda!

Su agonía satisfizo a Stark.

—Puedo hacer esto mucho más largo —masculló—. Ignoras cuantas terminaciones nerviosas acertaría antes de que mueras desangrado.

La máquina tragó saliva:

—Nunca saldrás vivo de aquí...

—¿Estás seguro? —Dorian ensanchó la herida con evidente placer—. Creo que te equivocas.



—¡Que te den por cu...!

Stark no esperó a que terminara la frase. La cabeza del cyborg rodó ante sus pies. Con un siseo, las cuchillas retráctiles retrocedieron en las fundas ocultables. El alemán se inclinó y lanzó la cabeza dentro de la chimenea: el olor acre de la carne quemada inundó el cubículo.

—Dudo que puedan reconstruirte —comentó cruelmente—.

Gracias por ponérmelo tan fácil, *amigo*.

Dorian se aproximó al mueble-bar, cogió una botella de Johnnie Walker de mercado negro y roció las paredes con la bebida. Después, sacó un tubo de fósforo de un bolsillo del pantalón y prendió fuego a la superficie de carne gelatinosa. Por último, utilizó su Nokia y llamó al cabo Paul Schiller. Su subordinado inundó la pantalla de dos pulgadas.

—Tiene quince minutos para venir a buscarme, Schiller.

Paul asintió:

—Sí, señor.

Stark colgó y comprobó los monitores de videovigilancia. En el nivel inferior, los agentes de seguridad parecían excitados, probablemente sospechaban algo. El látex empezó a desprenderse y cayó convertido en un montón de plástico fundido. Las llamas se propagaron y alcanzaron el techo del despacho. El alemán le quitó la Stinger a uno de los cadáveres y salió de aquel infierno. Al llegar al ascensor, apretó el botón de la primera planta y revisó el contenido del cargador mientras descendía: todo estaba en orden.

SARAH

Nadie lo esperaba. Los jóvenes hormigueaban a su alrededor como una marea angustiada. Dorian escondió la escopeta entre los pliegues de la gabardina. Una canción taladró sus tímpanos.

“Closer and see

See into the threes

Find the girl

While you can...

Closer and see



See into the dark

Just follow your eyes..."

Sin prestar atención al grupo, pasó por alto la iconografía virtual que llenaba sus retinas, esquivó a un segurita, rodeó las jaulas de cristal y se dirigió a la salida.

—¿Sabes donde pillar coca?

Una joven de unos dieciocho años detuvo su avance. Vestía chaqueta de cuero de motorista, camiseta de licra transparente que dejaba ver sus senos tatuados, pantalón de polipiel y botas de cremalleras. Su cara tenía forma triangular, cascada de cabellos ondulados, mejillas chupadas y ojos azules hambrientos de droga. Stark se hizo cargo de la situación.

—Claro —mintió—. Estoy buscando a un colega que vende material. ¿Te apuntas?

—Sí —su cuerpo se apretó contra el alemán buscando calor—. ¿Dónde está?

Dorian se apartó con brusquedad: ¿Qué podía significar su belleza para él?

—Vamos —le cogió una mano—. Tardaremos un minuto.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mientras se aproximaban a la salida.

—Sarah —dijo con voz dulce—. ¿Y tú?

—Dorian. ¿Eres americana?

—Sí.

Sus párpados pintados de negro temblaron durante un instante debido a la abstinencia. La muchacha continuó:

—Vivo con mis padres en Nereida —apretó su diestra con fuerza—. He salido este fin de semana con mis hermanas.

—¿Y dónde están? —la voz de Stark sonó recelosa.

—Se han pirado —Sarah sonrió tristemente—. Me han dejado colgada.

El alemán no comentó nada al respecto. Habían llegado a su destino. Miró el reloj y corroboró la hora: quedaban cinco minutos. Sostuvo el arma con firmeza, pasó las puertas con Sarah por delante y se cruzó con algunos clientes. Al dejar atrás el estruendo del interior, las voces de la multitud que hacía cola en la calle, le parecieron tranquilizadoras.

—¿Qué te ha pasado en la mano, Dorian?

Las huellas de las cuchillas habían marcado sus nudillos de sangre.

—He estado en una de las cabinas superiores.



Los guardias de seguridad siguieron sus movimientos y hablaron entre ellos, frenéticos:

—¿Te han hecho mucho daño?

—No ha estado mal —un matiz de humor negro llenó su tono—. Disfruto con el dolor. ¿Sabes?

Stark observó los deslizadores que circulaban por la pista buscando el vehículo de Schiller:

—¿Has venido con alguna tía?

—No.

La mirada de Sarah transmitía una mezcla de deseo, aflicción, mono y necesidad de ternura:

—¿La coca de tu amigo está buena?

—Es la mejor de Marte —el Mercedes apareció como una cuchillada en las sombras—. Te lo aseguro.

Un tumulto llenó la entrada de la discoteca. Cinco agentes de seguridad surgieron del interior del local y los apuntaron con sus Stinger. Un hombre disparó contra ambos. Accidentalmente, Sarah se interpuso delante del proyectil: su físico tembló al recibir la descarga. Sin inmutarse, el alemán sacó la escopeta y usó el cadáver para protegerse. Otro impacto chocó contra la joven y traspasó su abdomen. Dorian sintió la mordedura del disparo sobre su camisa de kevlar. Irritado, abrió fuego sobre el hombro de Sarah, con los dientes rechinando en una horrible mueca. El sueco cayó al suelo con la cabeza destrozada. Su escudo recibió nuevos impactos, uno en el muslo y otro en el cuello, gotas de sangre mancharon las mejillas de Stark. Otro segurita salió disparado hacia atrás con la garganta abierta. Una cápsula de trinitrotolueno rodó por las escaleras y sembró el terror entre sus enemigos. El Agente Ejecutor soltó el cadáver, se volvió y brincó por la ventanilla abierta del deslizador que había aparcado detrás de su posición. Paul vació el cargador, una rociada de balas explosivas reventó las rodillas de tres hombres, que se desplomaron entre alaridos de agonía. La cápsula explotó y llenó la acera con su campo de acción. Los guardias de seguridad chillaron, electrocutados, llevándose las manos al pecho, un humo negro salió de sus órbitas oculares. El Mercedes arrancó, se internó entre las columnas de tráfico y apartó a los vehículos que entorpecían su paso. El deslizador chocó contra el lateral de un transporte de desperdicios y estuvo a punto de volcar contra el asfalto. Dorian no se sintió preocupado por ello, miraba atrás con un odio ciego latiendo en su corazón e intentaba olvidar el cuerpo sangrante de la joven. El ático de la discoteca ardió y propagó sus llamas a los edificios que lo rodeaban, mientras el Mercedes se perdía, a



gran velocidad, en la madrugada. La culpabilidad golpeaba su conciencia una vez más...

FIN

Autor: Alexis Brito Delgado, Santa Cruz de Tenerife, España.
Relato Inédito. Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.